

Arica era una aldea de pocos habitantes, asolada por fiebres malignas. Los blancos eran las víctimas preferidas de las tercianas, así es que los principales trabajos, especialmente los de playa, los desempeñaban negros, en su mayoría descendientes de una colonia de africanos que existió allí durante el Virreinato. Como posición militar era formidable. La ciudad se presenta recostada al pie de un espolón desprendido de los contrafuertes de los Andes que llegan al Océano en un punto llamado el Morro, cuyas paredes son acantiladas por el oeste, y muy parados por el norte y sur. En el lomo de ese espolón se alzaban tres fuertes: uno llamado del Este, el otro del Centinela, y el tercero, del Morro, que era el más formidable. El Este y el Centinela, militarmente hablando, eran obras avanzadas del Morro, cuya entrada cuidaban, por el único camino franco por donde se podía llegar hasta él, porque, lo repito, los otros costados del célebre cerro eran muy abruptos. En la cima del Morro existía un espacio suficiente para la instrucción de un batallón o regimiento, guarnecido con cañones, algunos de los cuales disparaban sobre el mar y los otros cruzaban sus

fuegos con tres fortificaciones en barbata situadas al norte, en una planicie de arena que tiene demostraciones de haber sido lecho de mar hasta una época reciente. Si la ciudad era atacada por el lado de Tacna, los fuertes del bajo

Fuertes del alto: Este, Centinela, Morro

podían sujetar al agresor en la extensa planicie del norte. Si era amagada por el alto, la defenderían aquellos centinelas del Morro y éste mismo, pues algunos de sus cañones eran giratorios y apuntaban en esa dirección. Pero más que en éstos la defensa del alto descansaba en las ondulaciones del terreno, pues para llegar a cada uno de esos fuertes avanzados, había que pasar trechos angostos y convexos defendidos con zanjas y reductos colocados en situaciones dominantes. El suelo estaba sembrado de bombas automáticas. Todos los fuertes, tanto los del bajo como los del alto, se encontraban minados, con grandes depósitos de dinamita, unidos entre sí con alambres eléctricos, dispuestos de modo que estallarían a medida que el asaltante se fuera apoderando de ellos. La oficina central de la red estaba en el Hospital que desplegaba la bandera de la Cruz Roja, lo que permitía al operador proceder con calma y seguridad.

Los fuertes del Este y del Centinela tenían ambos una plazoleta cerrada

con sacos de arena, y para entrar al Morro había que cruzar un paso estrecho, muy fácil de defender.

*Fuertes del bajo:
Santa Rosa, San José,
Dos de mayo*

Los fuertes del bajo eran: el Santa Rosa, armado con un cañón de a 250, sistema Vavasseur; el San José, con otro del mismo calibre y sistema, y un Parrot de a 100; y el Dos de Mayo, con uno de a 250, también Vavasseur. Eran de mampostería, a raíz del suelo, con un vasto campo de tiro sobre el mar. Detrás de cada uno había un foso circular y la tierra extraída formaba un plano inclinado por delante, de modo que sus defensores pudiesen disparar tendidos sin presentar blanco. Ese foso tocaba por una de sus extremidades al mar y por la otra al cerro en que se encuentra la población de Arica, dejando en el circuito protegido los fuertes mencionados, la ciudad y el Hospital, en que funcionaba la oficina central de la red eléctrica.

El Morro se hallaba guarnecido con once cañones de varios sistemas: uno de a 100, Parrot, y otro Vavasseur; nueve Voruz. Por todas partes había minas automáticas, que reventaban con la presión del pie sobre el fulminante casi invisible, de tal manera que es verdadero este concepto del Coronel Velásquez.

“No había un solo punto que no fuese una trinchera inexpugnable”.

Red poderosa de cañones y de dinamita; fuertes unidos entre sí por líneas de explosivos; reductos escalonados en un pasaje estrecho; cañones que defendían la entrada del único desfiladero que conducía al Morro; tal era Arica, en el momento que llegaban a golpear sus puertas los vencedores de Tacna.

El que construyó esa red eléctrica fué el ingeniero peruano don Teodoro Elmore, en los días o meses que precedieron al ataque. Antes, los jefes de Arica no se habían preocupado sino de la defensa marítima, pero cuando Montero trasladó a Tacna el ejército peruano, Bolognesi, que quedó a cargo de ella, organizó la de tierra y comisionó a Elmore, que era hombre distinguido en su profesión, para efectuar el trabajo. Bajo la dirección de éste, Arica se llenó de fosos, de minas automáticas, de túneles cargados con dinamita, lo cual agregado a las fuertes posiciones naturales y a los numerosos reductos artillados, la convirtieron en un lugar inexpugnable. Estaba en la bahía, desde mayo del año anterior, el monitor *Manco*, fortaleza flotante auxiliar de los fuertes, con dos cañones de a 500 libras, el cual podía evolucionar en la línea protegida por los fuegos de tierra.

*Guarnición especial
de los fuertes*

Cada fuerte tenía su guarnición propia. El Morro 150 artilleros de la *Independencia* a cargo de Moore, el ex comandante de esa nave. El desgraciado Moore oprimido con el recuerdo y la responsabilidad de la acción que costó a su Patria el predominio naval, encontró el campo de su reparación en esa fortaleza que escuchó su último quejido. En el fuerte Este había 117 individuos de oficial a soldado para el servicio de los cañones; los del norte y el Ciudadela una guarnición proporcionada.

La plaza contaba con 1.500 hombres para su defensa, prescindiendo de los artilleros ya nombrados y de los tripulantes del *Manco*. El total ascendía a 2.000 más o menos (11).

(11) El número exacto de los defensores de Arica era éste: 7ª división, Jefes 4; Batallón Ar-

Guarnecían a Arica dos divisiones de infantería peruanas la N^o 7 y 8. La 7^a la mandaba el coronel don Alfonso Ugarte, hombre abnegado y de grandes merecimientos, y se componía de dos cuerpos: el Iquique, cuyo comandante era el distinguido político argentino don Roque Sáenz Peña, que ha tenido después tan notable figuración en su país, y el Tarapacá regido por un ciudadano peruano de gran fortuna, que había tomado las armas ocasionalmente y sólo por defender a su país. Se llamaba don Ramón Zavala y tenía como Sáenz Peña el empleo de Teniente Coronel. La división N^o 8 la mandaba el coronel don José Joaquín Inclán. Constaba de tres batallones: el Artesanos de Tacna, comandante don Marcelino Varela; los Granaderos de Tacna, comandante don Justo Arias Araguez; los Cazadores de Piérola, comandante Belaunde. Muerto el Coronel Inclán, le sucedió en el mando de la división durante el combate el 2^o comandante don Armando Blondel.

*Los jefes peruanos
Bolognesi*

El Jefe de la plaza era el coronel don Francisco Bolognesi; su Jefe de Estado Mayor, el coronel don Manuel C. de la Torre; Capitán del Puerto, el oficial de marina don

Eduardo Raigada.

Estos nombres son dignos del respeto del adversario y de la gratitud de sus conciudadanos. Entre ellos merece una mención especial Bolognesi, el Jefe de la plaza.

Bolognesi fué un gran patriota. Tiene la característica de los hombres superiores. No salen de su boca ni de su pluma palabras destempladas, ni balandronadas pueriles. Es culto y atento con el enemigo. Cuando el patriotismo se envuelve en un manto de modestia, el hombre desaparece ante la idea que lo alienta y su sacrificio toma un carácter impersonal. Así le sucedió a Grau y le sucederá a Bolognesi.

IX

*Bolognesi ignora la
derrota de Tacna*

Bolognesi no supo en los primeros momentos lo ocurrido en el Campo de la Alianza. El día del combate sintió el cañoneo. Vió dibujarse allá a lo lejos, en el cielo azul, columnas de humo, pero no pudo inquirir lo que ocurría. El telégrafo a Tacna estaba cortado. Ningún emisario llegaba del campo de Montero a comunicarle nada. Vinieron después algunos dispersos; los originarios de Arica que se restituían a su hogar, huyendo de la derrota, pero como soldados raros no comprendían lo sucedido y repitiendo lo que circulaba en Tacna a su salida decían que Montero se había retirado a Pachia con parte considerable del ejército y que Leiva con las fuerzas de Arequipa amenazaba a los chilenos por Sama. Y Bolognesi, bajo esta falsa impresión, que era la misma que había recogido Vergara en Tacna, telegrafió al Prefecto de Arequipa por la vía del cable a Mollendo, diciéndole:

“Mayo 28. Sé que a Montero le queda una parte importante del ejército, y el objeto de ésta es decirle que Arica resistirá hasta el último”.

tesanos de Tacna 428 plazas; Granaderos de Tacna 248, y Cazadores de Piérola 223. La 8^a división, Jefes 4; Batallón Tarapacá 247, y Batallón Iquique 337; Artilleros en los fuertes 928. Total 1.819. Falta en esta lista la tripulación del *Manco*.

Otra comunicación telegráfica:

“Mayo 28. Si se asedia al enemigo desde Sama o Pachia, creo que salvan Arica y Tacna. Todo listo aquí para combatir”.

Así, pues, lo que Bolognesi pensaba entonces queda en claro en esos telegramas. Suponiendo que Montero estaba en Pachia con un ejército y que Leiva amenazaba el frente de Baquedano con 4.000 hombres, ambos y la plaza de Arica formaban un triángulo militar que podía combatir con ventaja. Que Montero ataque por el flanco, Leiva de frente, y que los chilenos batiéndose en retirada se estrellen con Arica preparada para resistirles, este era el pensamiento de Bolognesi. Y discurriendo así activó la defensa de la plaza y la colocación de las minas que dirigía Elmore. En ese error permaneció algunos días más y no comprendió la realidad sino cuando se presentaron a su vista las avanzadas de la caballería vencedora dibujando su silueta en la pampa de Chacalluta, en la vecindad del río Azufre. En vano divisaba los buques bloqueadores de gran empavesado en celebración del triunfo. No lo creía y se aferraba a la esperanza como el náufrago al madero que lo mantiene a flote. ¿No será una estratagemma ese empavesado de las naves?, se preguntaba.